

Antigua y nueva revolución Karl Kautsky

(Versión al castellano desde “[Ancienne et nouvelle Révolution](#)”, en [MIA-Section française](#). Publicado en *Le Socialiste*, 9 de diciembre de 1905)

Aquello de lo que más de uno, incluso en nuestras filas, podía dudar todavía hace más de un año ha pasado ahora a ser una evidencia: en Rusia ha llegado la hora de una revolución que puede colocarse en paralelo, tanto por su fuerza como por su importancia, con las dos mayores revoluciones que ha visto la historia hasta el presente, la de Inglaterra en el siglo XVII y la de Francia en el XVIII.

Es natural que se busquen los puntos de comparación entre ellas, su parecido superficial es sorprendente. En cada una de esas dos revoluciones se trataba de una lucha contra el absolutismo, contra el cual la masa de la nación se levantaba porque su yugo se había hecho insoportable, porque llevaba al país la miseria, el sufrimiento y la vergüenza.

Pero el parecido no llega muy lejos. Nos encontramos con profundas diferencias desde el mismo momento en que arañamos la superficie política e investigamos las oposiciones de clase que actúan como resortes del movimiento.

Entre las revoluciones precedentes y la de hoy en día encontramos, ante todo, la gran diferencia de que en esta última, por primera vez en la historia del mundo, el proletariado industrial es el vencedor como fuerza directriz independiente.

La insurrección de la Comuna de París en 1871 únicamente fue la insurrección de una sola ciudad y resultó derrotada en algunas semanas. Hoy en día vemos a la revolución en marcha, desde hace ya un año, del mar glacial al mar del Norte, del Báltico al Océano Pacífico, y en ella, al proletariado creciendo sin cesar en fuerza y conciencia.

A decir verdad, todavía no tenemos el poder absoluto, todavía no tenemos la dictadura del proletariado ni la revolución socialista; solo tenemos el comienzo. El proletariado de Rusia solo rompe sus cadenas a fin de tener las manos libres para la lucha de clases contra el capital; todavía no se siente bastante vigoroso para volcarse en la expropiación del capital. Pero la consigna de lucha de clases proletaria ya es, desde el punto de vista socialista, un progreso considerable en comparación con las revoluciones de 1648 y 1789.

En cada una de esas revoluciones, la clase finalmente victoriosa fue la clase capitalista. Ahora bien, tanto política como económicamente, esta clase vivió de la explotación de las fuerzas de otra. Jamás ha hecho una revolución: siempre la ha explotado únicamente. La necesidad de la revolución, la lucha y sus peligros, siempre los ha dejado para la masa popular. Pero de esa masa, y en los siglos XVII y XVIII, el resorte más activo no eran los proletarios; eran los *pequeñoburgueses*; los proletarios formaban siempre un apéndice inconsciente. Fue la pequeña burguesía, valerosa y consciente, de las ciudades-gigante de Londres y París la que osó asumir el combate de vanguardia contra el absolutismo, y la que logró derribarlo.

La pequeña burguesía de Rusia nunca tuvo ni valor ni conciencia, al menos en los últimos siglos, desde que existe un zarismo ruso. Se reclutaba casi exclusivamente entre los campesinos desarraigados que, hace ahora algunas décadas, todavía eran

siervos. Además, en Rusia no hay ciudad gigante capaz de dominar a todo el imperio. Asimismo, incluso en Francia e Inglaterra, las capitales han perdido su dominación absoluta, que han tenido que compartir con los centros industriales; también, incluso en la Europa occidental, el pequeño burgués ha dejado de ser revolucionario y se ha convertido, en nuestro caso también, en sostén de la reacción y del poder gubernamental.

No es sorprendente que los pequeñoburgueses de Rusia hayan intervenido, como el lumpen proletariado, como elementos contrarrevolucionarios, poniéndose a disposición de la policía para aplastar a la revolución. Pero como esta pequeña burguesía no tiene programa, no tiene objetivos políticos, solo se la puede empujar a la lucha contra la revolución con la promesa de ventajas individuales o bajo la excitación de sus rencores individuales.

Sin embargo, no hay ventajas, se pueden recibir golpes y se corre peligro de muerte en la batalla contra el proletariado sin propiedad pues está armado, y el pequeño burgués reaccionario siempre se muestra, desde el momento en el que ya no hay ideal político, tan cobarde como brutal: solo descarga su rabia sobre los más débiles. Como explotador de mujeres y niños, en la actual lucha contra la revolución es el más voluntarioso contra los judíos y estudiantes aislados, pero no contra los obreros cuyo brazo es robusto. Así, la contrarrevolución rusa deviene exclusivamente un pillaje y una masacre; así el proletariado revolucionario, en su lucha contra la reacción, se muestra políticamente desde hoy en día como el elemento indispensable del progreso social, igualmente que desde hace mucho tiempo se ha convertido, económicamente, en la condición más importante. Por otra parte, la misma pequeña burguesía, en tanto que no se une al proletariado, se revela políticamente como una capa de la población que ya no puede causar más que daño y trastornar el orden de la sociedad, igualmente que, en su mayoría, económicamente ha devenido en el presente un parásito del cuerpo social que no puede prolongar su existencia más que a costa de este.

Junto a la pequeña burguesía, la capa más importante de las revoluciones precedentes era la de los campesinos. En tiempos de la Reforma ya mostró, en las guerras campesinas, que estaba en condiciones de hacer tambalearse al estado pero no de fundar en ese estado una nueva dominación política independiente. Los campesinos ya no pueden ser considerados como un partido propiamente dicho, como un ejército político particular, sino solamente como una tropa auxiliar de otros ejércitos o partidos políticos, tropa que, sin embargo, no carece en absoluto de importancia y que, según a qué lado se sitúe, puede decidir la victoria o la derrota. En 1848, en Francia, puso el sello a la derrota de la revolución tanto como lo había puesto a su triunfo en 1789 y en los años siguientes.

El papel ejercido por los campesinos en la gran revolución francesa fue, sin embargo, diferente al que ejercieron en la revolución de Inglaterra. En Francia, la propiedad de la tierra de la nobleza y del clero existía todavía bajo sus formas feudales; vivía de la explotación de los campesinos siervos, a los que había rebajado a un increíble grado de miseria y a los que, habiendo devenido nobleza y clerecía, ya no les rendía ningún servicio a cambio. La destrucción de esta propiedad terrateniente era una de las tareas más imperiosas de la revolución y fue el lazo que más sólidamente ató al campesinado a ella.

En Inglaterra, la vieja nobleza feudal había sido exterminada en la guerra de las Doce Rosas y reemplazada por una nobleza nueva que comprendía muy bien las necesidades capitalistas. La Reforma, además, le había dado a esa nobleza los bienes de la Iglesia en el siglo XVII. La vieja sociedad feudal había desaparecido completamente. Allí donde todavía existían campesinos, estos eran libres, dueños de su tierra. La gran

propiedad terrateniente no se alimentaba de servidumbres sino de granjas capitalistas que empleaban a obreros asalariados. La misma nobleza propietaria solo se había convertido, por otro lado, en nobleza de corte en una mínima parte, pasaba todavía el año entero en sus dominios, donde actuaba como jurisdicción y administración de la comunidad.

Por ello la revolución inglesa no llevó a un derrocamiento general de la propiedad terrateniente. Llevó a cabo muchas confiscaciones, pero a título de medidas *políticas*, no *sociales*. Por más irritación que les causase a los campesinos y granjeros la gran propiedad terrateniente, no existía ninguna necesidad que los obligase a parcelarla; por el contrario, el temor al proletariado asalariado, numeroso en el campo, los empujaba a abstenerse de comenzar semejante obra que podía acabar por convertirse en peligrosa para ellos mismos. No solamente es que la gran propiedad de la tierra inglesa resistió ante la revolución, sino que acabó con un compromiso con la burguesía, fatigada por su parte de la dominación de la pequeña burguesía, y aseguró así de tal forma su reinado que todavía hoy en día no existe aristocracia terrateniente, ni incluso en la Prusia oriental y Hungría, que esté tan seguramente asentada como la de Inglaterra.

Las cosas se producirán en Rusia de una forma completamente diferente, allí los campesinos están en una situación que, a pesar de todas las diferencias de detalle, se corresponde en general con la de los campesinos de Francia antes de la Revolución. Sobre este punto también estas dos revoluciones tendrán en sus resultados esta similitud, se puede esperar la ruina de la gran propiedad terrateniente actual en todo el imperio ruso y en su paso a manos de los campesinos. Además del zarismo, quien pagará los gastos de la revolución tendrá que ser la gran propiedad terrateniente.

Es imposible prever de qué género será el modo de producción agrícola que se desarrollará sobre esta nueva base, pero una cosa es segura: también en esto se asemejarán las revoluciones rusa y francesa, en que la parcelación de la gran propiedad terrateniente individual será un lazo que atará indisolublemente al campesino con la revolución. No sabemos todavía qué tipo de luchas oculta en su seno la nueva revolución; muy bien puede pasar que al respecto sean entre campesinos y proletariado urbano. Pero los primeros defenderán con puños y dientes a la revolución contra cualquiera que quiera intentar restablecer el viejo régimen nobiliario, incluso en el caso de una intervención extranjera.

Así llegamos al tercer factor que se debe considerar en esta comparación entre las tres revoluciones: la *situación exterior* que crean.

En el siglo XVII las relaciones internacionales todavía eran tan poca cosa que la revolución inglesa quedó como un acontecimiento local, que no encontró el menor eco en el resto de Europa. Lo que produjo la dominación revolucionaria militar y, finalmente, la dictadura de un general victorioso, Cromwell, no fueron las guerras exteriores, sino la fastidiosa guerra civil, consecuencia de la gran fuerza de resistencia de la nobleza terrateniente.

El final del siglo XVIII ya conocía relaciones más desarrolladas entre los estados europeos. La revolución francesa hizo tambalearse a toda Europa, pero sus esfuerzos liberadores solo encontraron un debilitado eco. La sacudida fue el resultado de la guerra entablada por los monarcas coaligados de Europa contra la república, y de esta guerra provino en Francia el régimen del sable y el imperio del general victorioso, Napoleón.

Hoy en día, en los comienzos del siglo veinte, las relaciones internacionales han devenido tan estrechas que el inicio de la revolución en Rusia ya ha sido suficiente para despertar un entusiasta eco en el proletariado del mundo entero, para acelerar el

movimiento de la lucha de clases y hacer temblar, al primer intento, en sus fundamentos, al imperio austríaco, vecino de Rusia.

Por el contrario, una coalición de las potencias europeas contra la revolución, como en 1793, no es de prever. Austria carece en estos momentos completamente de condiciones para entablar una acción vigorosa en el exterior; en Francia, el proletariado sería, a pesar de todo, lo bastante fuerte ante el gobierno republicano como para hacerle imposible toda intervención a favor del zarismo, caso de que los gobernantes cayesen en la locura de planteárselo. Por tanto, no hay que esperar que se forme una coalición contra la revolución: solo existe una potencia a la que todavía se le atribuye la idea de una intervención en Rusia, esta potencia es el imperio alemán.

Pero los gobernantes del imperio alemán se cuidarán mucho, también sin duda alguna, de desencadenar una guerra que no sería una guerra nacional, sino que daría la impresión de una guerra dinástica, tan impopular, tan odiosa como lo fue en Rusia la guerra contra Japón y que podría acarrearles a los gobiernos de Alemania las mismas consecuencias internas que la guerra ruso-japonesa le acarreó al zarismo.

Sea lo que fuere sobre este punto, en ningún caso debemos esperar una era de largas guerras mundiales como la que inauguró la revolución francesa; en consecuencia, no tememos que la revolución rusa lleve, como aquella, a una dictadura militar o a un especie de Santa Alianza. Lo que promete abrirse, por el contrario, es una era de revoluciones europeas que llevarán a la dictadura del proletariado, a la puesta en marcha de la sociedad socialista.



germinal_1917@yahoo.es